más ofensiva aún, dándole el nombre de la célebra bailarina Dionisia. Entónces Hortensio, con voz dulce y tranquila le respondió: «Mejor quiero ser Dionisia, que ser como tú, Torcuato, un hombre sin comercio con las Musas, y estraño á Venus y á Baco.» Dionisia era tan estimada por su habilidad, que ganaba unos diez mil duros al año, por ejercer su arte, en los teatros de Roma.

(32) Ciceron, *Brutus*, *XCV*.

(33) Al concluir esta conferencia, no queremos omitir una curiosa noticia, conservanda por Ciceron, en su diálogo del *Orador*, sobre una hija del personaje que nos ocupa, y referida por otro escritor en los siguientes términos: «Hortensia, hija de Hortensio, viendo á las mujeres de Roma perjudicadas por un excesivo impuesto de los triumviros, y que ningun hombre osaba defenderlas, sostuvo ella la causa ante el tribunal, con tanta firmeza como buen éxito. Fiel imágen, su elocuencia, de la de su padre, obtuvo la devolucion de la mayor parte de las cuotas impuestas á su sexo. Q. Hortensio parecia resucitar en una muger, y respirar en el discurso de su hija.» (*Valerio Máximo*, *Lib. VIII*, *cap. 4.*)

DISCURSO NOVENO.

Julio César y Caton de Utica.

Señores:

Al hablar, esta noche, de Julio César, presentándole ante vosotros como orador, no podré ménos de considerarle tambien, siquiera sea rápidamente, como militar y político. Aunque la gloria que lo ha inmortalizado la alcanzase, principalmente, en la carrera de las armas, y en el gobierno de la República, hubo una época de su vida, durante la cual, su único poder consistia en el prestigio de su palabra. Antes de mandar ejércitos y acumular tesoros, ¿de qué modo pudo influir en Roma sobre la muchedumbre, aglomerada en la plaza pública, ó sobre la Asamblea de los patricios, sino por medio de su elocuencia? Armado con su elocuencia, fué como dió, los primeros pasos, Julio César, en el camino que despues habia de conducirle al imperio del mundo.

Roma habia pasado, alternativamente, de las garras de Mario á las de Sila. Estos dos hombres grandes y feroces, lo mismo que dos tigres que se disputan una presa, ávidamente codiciada, se disputaron el gobierno dictatorial de su patria en luchas intestinas que la desangraban, y cuyo resultado fué, despues de la victoria de los más fuertes, ó más afortunados, una época de terror y esterminio para los vencidos; de represalias y actos de venganza, que llenaban de luto la ciudad, y las provincias apartadas de fugitivos, que huian de Roma, para librarse de las bárbaras ejecuciones del dictador.

Ni Mario ni Sila reinaron sobre la República; sino sobre un partido de la República. Ni uno ni otro fueron, nunca, más que capitanes insignes en los campos de batalla, y grandes facciosos en los campos de la política; ni uno ni otro tuvieron nunca esa vista de águila que lee el destino de los pueblos en los horizontes del porvenir, y marca al hombre de vasta inteligencia, y corazon magnánimo, la senda que ha de recorrer, y los nuevos moldes á que ha de ajustar la vida política de su patria, para mejorar sus condiciones de existencia, ó evitarle un desquiciamiento desastroso. Mario y Sila representaron dos papeles importantes, en dos dramas sangrientos, y dominaron por medio de la fuerza y el terror; mas sin haber producido nada trascendental que satisfaciese, alguna de las grandes necesidades, que ya sentia, por entónces, el poder Romano.

En los primeros siglos de la República, las luchas intestinas, entre patricios y plebeyos, sólo tenian el Foro por teatro, y se aplazaban siempre que algun enemigo exterior hacia necesario, con sus hostilidades, el concurso de todas las clases del Estado. Mas tarde, cuando fué la ambicion, sin ninguna mezcla de patriotismo, el móvil de las guerras civiles; y hubo capitan que fomentó, contra Roma, la rebeldía de los pueblos sometidos de la Italia, los peligros para la República fueron más numerosos y mayores, aumentándose, considerablemente, por la corrupcion de la nobleza, que saqueaba las provincias, para despues enervarse entre placeres; y por la corrupcion del pueblo, que se vendia al postor que más caros pagaba los sufragios. Necesario fué establecer leyes para reprimir el escándalo de las intrigas electorales, y la experiencia demostró que, aquellas leyes, no se habian hecho contra crímenes poco frecuentes, ó ilusorios. (1)

A estos males interiores, se juntaban otros que, despues de haber sido conjurados dos veces, se veian de nuevo, en lontananza, como una nube

tempestuosa. Además de los Partos, que eran vecinos temibles para las provincias romanas del Asia, los bárbaros del Norte, aunque ocultos como manadas de fieras en los bosques sombríos de la Germania, se acercaban, de vez en cuando, á las orillas del espumoso Rhin, con intenciones de vadearlo. Pudo el gran Camilo salvar á Roma de las armas de los Galos, y Mario y Cátulo pudieron salvar, la Italia toda, de los Cimbrios y los Teutones; pero ¿quién dice que si Mario y Sila hubiesen estado disputándose la dictadura cuando la invasion de aquellos pueblos belicosos, quién dice, que habrian ahogado sus rivalidades, y juntado sus huestes, para combatirlos? Así, pues, los partidos políticos que tarde ó temprano se convierten, si el más puro patriotismo no les anima, en un azote de las naciones, podian comprometer allí, además de la paz pública, la existencia misma de Roma.

Por otra parte, la administracion de los países conquistados exigia más regularidad que la empleada hasta entónces; la Italia no podia continuar esclava, ni ejercer los derechos políticos, sin destruir, al fin, la supremacía de la capital; y la ocupacion de vastos territorios, y la defensa de fronteras dilatadísimas, exigian, más que nunca, grandes ejércitos permanentes: en una

palabra, señores, Roma necesitaba instituciones propias de un imperio: si las obtenia, aquella sombra de república habria muerto sin llevar, en pos de sí, las grandezas del poder Romano; si no las obtenia, estas grandezas, y las formas republicanas, ya impotentes para sostenerse, habrian sucumbido ántes de que Alarico llamase, con el pomo de su espada, á las puertas del Capitolio; ó ántes de que la Religion cristiana se hubiese estendido, como los rayos de un sol benéfico, por el mundo.

Pues bien, el hombre destinado á salvar el poder de Roma, sacrificando las apariencias de república que aún se conservaban, fué Julio César. Si su obra hubiese sido una construccion artificial, por decirlo así; si no hubiese tenido más apoyo que el de su talento, se habria desplomado, para nunca más levantarse, como se desplomó su cuerpo, cuando fué herido por el puñal de Bruto; pero, la prueba de que el régimen que él deseaba establecer era una necesidad imperiosa de su época y su patria, está en que, despues de su muerte, fué lo único que se consolidó.

Señores: Cuando se conoce, en conjunto, la importancia de un hombre, y se le ve, como el gigante de su tiempo que cierra un período histórico, para abrir otro nuevo; cuando aparece, á

nuestra vista, como un grande arquitecto que trasforma un edificio social, quebrantado ó ruinoso, en otro edificio más sólido y en armonía con las condiciones del mundo que bajo él ha de cobijarse, nacen deseos de conocer algunos pormenores de su vida, y de investigar los medios con ayuda de los cuales consiguiera resultados tan extraordinarios.

Julio César nació el año 100 ántes de J. C., de una familia nobilísima, y otra plebeya, pero de las más ilustres de la República. Aurelia, su madre, fué para él, casi lo mismo que habia sido Cornelia, para los Gracos. Sin un deseo tan ardiente de que llenase el mundo con su fama, cuidó de su educacion con todo el esmero que era posible, en Roma, á una madre amante de su hijo, que disponia de bienes de fortuna. Desde muy temprano cultivó Julio César las letras griegas y romanas, y, la lengua de Homero, le era casi tan familiar como la lengua latina. A la circunstancia de ser sobrino de Mario, debió que, á los catorce años de edad, fuese designado para un cargo religioso en el templo de Júpiter. Cuatro años más tarde se apoderó Sila del poder supremo, y entónces empezó la vida política de César, inaugurada con peligros y persecuciones que hicieron emigrar á Rodas, donde continuó es-

tudiando la elocuencia, en la escuela de Apolonios, que tambien fué maestro de Ciceron. (2)

No es posible que le siga, paso á paso, en la carrera brillantísima que recorrió, sin verse nunca abandonado de su genio y su fortuna; mas diré algo sobre sus prendas morales, y áun sobre sus cualidades físicas. Sus biógrafos lo pintan alto, esbelto, airoso; con el color del rostro un poco mate, de ojos negros, mirada penetrante, maneras afables y corteses, y muy cuidadoso del adorno de su persona, y, especialmente, de sus cabellos. Su elegancia, su talento, su nombre, y su carácter franco y liberal, le recomendaban á la estimacion de los hombres, y quizás, más aún, á la simpatía de las mujeres. Su naturaleza endeble no pudo, á las veces, soportar la fatiga que su voluntad le imponia; y, aunque en la vida de los campamentos se robusteció mucho, tampoco pudo librarse de sufrir ataques nerviosos, que entónces se confundieron con la epilepsia, debidos, quizá, al exceso en los placeres del amor. El mismo confesaba sus relaciones con Cleopatra, á quien regaló un reino, y eran harto conocidas, en Roma, las que le habian unido á la hermana de Caton, la que fué madre de Marco Bruto; habiendo traido á éste al mundo, cabalmente en la época en que pudo sospecharse, que

fuese hijo de César. (3) Otros estravíos, todavía de peor índole, le atribuyeron sus enemigos, y de ellos se hizo eco un historiador, por varios conceptos muy estimable, pero en cuyas obras hay páginas, que parecen escritas con cieno. El grande hombre juraba, indignado, que no merecia las sátiras y censuras de que era objeto; (4) y, sin duda alguna, la sensibilidad inagotable y esquisita, con que respondia siempre á los atractivos de la belleza femenina, lo pone á cubierto de toda sospecha indigna de su decoro. Si no hubiese, en todos tiempos, hombres despreciables que tienen por oficio la difamacion, y otros demasiado crédulos de lo malo, ó que quieren disculpar, sus propias faltas, atribuyéndolas á los insignes varones, quizá muchas figuras ilustres no ofrecerian las anomalías que ofrecen en su carácter, ni se verian manchadas con repugnantes vicios, que acaso no tuvieron nunca.

¿Quién desconoce que Julio César tuvo, en su juventud, un alma de fuego que le indujo, á frecuentes extravíos, en su vida privada? ¿Quién ignora que, sus costumbres aristocráticas, fueron la causa de que Ciceron lo considerase, como uno de tantos vástagos degenerados, de la nobleza romana? ¿Quién niega su amor al lujo, á las bellas artes, á la poesía misma, á los placeres de la

imaginacion, y á muchas otras cosas que parecen más propias de hombres afeminados que de hombres nacidos para la guerra, y las viriles contiendas políticas? Mas, en medio de estas aficiones, ó, mejor dicho, debajo de tales apariencias de frivolidad, y, acaso, de libertinaje, ¡qué genio tan poderoso y flexible, qué voluntad tan dominadora, qué juicio tan rápido y seguro, qué actividad tan infatigable, qué audacia, qué prudencia, qué valor tan bien combinados; y, sobre todo, señores, qué alma tan magnánima, qué miras tan vastas y profundas, y qué amor á la gloria, tan intenso y ardiente, no ocultaba! (5)

Cuando el mismo Pompeyo repudiaba su mujer á voluntad de Sila, César, que apénas tenia aún bozo en el rostro, se negó á acceder á igual complacencia con el dictador. Cuando murió su tia Julia, la mujer de Mario, hizo que una imágen de éste fuese conducida en el funeral, y pronunció el panegírico de aquella ilustre finada: esto era casi lo mismo que hacer un llamamiento al Pueblo, y tirar un guante á Sila, á cuyo enojo no fué sacrificado, porque intercedieron las Vestales, y algunos personajes importantes de Roma. Entónces fué cuando Sila, único hombre que conoció á Cesar desde sus principios, dijo á los que

se interesaban en su favor: «En ese jóven se encierran muchos Marios.» (6)

Cierta noche que tuvo que detenerse en una aldea pequeña y miserable, le preguntó en broma, uno de los amigos que le acompañaban, si allí habria, tambien, intrigas para alcanzar los cargos públicos; á lo cual respondió César: «¿Por qué no? De mí sé decir, que más bien querria el primer puesto en esta aldea, que el segundo en Roma.» (7)

Cuando estaba de Propretor en España, una vez que leia la historia de Alejandro Magno, le vieron sus amigos con las lágrimas en los ojos. Sorprendidos le preguntaron por qué lloraba, y él respondió con franqueza: «Me aflige el ver que, Alejandro, habia ya conquistado muchos países cuando tenia mi edad, y yo no he realizado, hasta ahora, ninguna empresa importante.» (8) Aquellas lágrimas involuntarias, eran las lágrimas de la noble emulacion y el entusiasmo, que muy pocos hombres son capaces de derramar.

No citaré, señores, todos los rasgos que de él se conocen, ni todos los hechos de su vida que atestiguan su valor sin límites, y las demás prendas relevantes que le adornaban; pero en cuanto á su actividad, diré que hallándose un invierno en el Piamonte, cuando gobernaba las Galias,

recibió noticias de que habia estallado una vasta insurreccion, y, puesto en marcha, con sus tropas, para los sitios que reclamaban su presencia, llegó ántes que los correos que habia mandado con instrucciones. (9)

Por lo que hace á su magnanimidad, no puede negarse que es una de las cualidades que más honran su memoria. Nadie le acusará de haber seguido, despues de sus triunfos en las guerras civiles, las huellas ensangrentadas de Mario y Sila: fué más insigne que ellos como militar, en los momentos del combate, y no deshonró sus victorias con actos de venganza, ó, lo que es lo mismo, no manchó sus laureles con la sangre de sus conciudadanos. Admirable es César cuando se hace digno de los honores del triunfo por su campaña en la Península Ibérica; cuando vence, en las Galias, en todo el curso de la guerra, á tres millones de belicosos combatientes, de los cuales dos millones quedaron muertos ó prisioneros; cuando despues de vacilar, un momento, en las orillas del Rubicon, pensando en el juicio que iba á merecer de la posteridad, pasa aquel riachuelo y compromete, en un sólo instante, su fortuna y los destinos del mundo; grande es cuando destroza, en Farsalia, las apiñadas huestes de Pompeyo, y cuando á marchas rapidísimas dirije su

carro triunfal por las playas del Africa, ansioso de vencer, y no de exterminar á sus enemigos; pero más grande me parece aún, cuando desde la cumbre del poder olvida las ofensas que en otro tiempo recibiera, y cuando habiendo sabido, al acercarse á la ciudad de Utica, el suicidio de Caton, que fué siempre su más obstinado y temible antagonista, exclamó con sincero sentimiento: «¡Ah Caton! por no deberme el beneficio de la vida, me arrebatas la gloria de perdonarte.» (10)

Pero, si las empresas militares le dieron un renombre inmortal, los medios que necesitó para realizarlas, tuvo que ir procurándoselos lentamente. Las tropas, y los recursos todos con que emprendió la guerra civil, los habia conseguido en su gobierno de las Galias; el gobierno de las Galias lo consiguió por la hábil política seguida con el Pueblo, cuando fué cónsul, y su alianza con Pompeyo; el consulado lo obtuvo despues de haber merecido un triunfo por sus hechos en España; su nombramiento para España lo debió á la esplendidez y magnificencia que ostentó en Roma, miéntras fué edil; y el cargo de edil, y los demás con que le honraron sus compatriotas, no los habria conseguido nunca, á no haberse hecho notable, en su juventud, por la elocuencia. (11)

Mas al presentar á César como orador, sólo

puedo hacerlo refiriéndome á lo que dicen algunos autores de la antigüedad. De sus obras escritas, han llegado hasta nosotros las obras históricas; pero sus discursos, que eran leidos con admiracion un siglo despues de su muerte, (12) se han extraviado ántes de alcanzar la edad moderna. Plutarco dice que César ocupaba el segundo puesto entre los oradores de Roma, y que acaso habria ocupado el primero, si no hubiese renunciado, á la gloria de la elocuencia, por la gloria de las armas. Ciceron asegura que, entre todos los oradores romanos, César era el que hablaba la lengua latina con más pureza y elegancia, y que no solamente debia la ventaja de una tan admirable perfeccion, á las impresiones recibidas de su propia familia, sino que la habia alcanzado por medio de estudios múltiples y profundos, proseguidos con grande ardor, y con un trabajo infatigable. (13)

Las cualidades de su carácter eran, tambien, propias para hacerle brillar en la tribuna y en el foro; y con razon se dijo que tenia las más felices disposiciones naturales para la elocuencia. Su memoria, especialmente, era poderosísima, aunque no tanto como la de Hortensio, y siempre le ofreció grandes recursos en las luchas de la palabra. Su continente le favorecia, al propio tiempo

que su voz, que era sonora y penetrante; tenia al expresarse, cierto aire de franqueza y seguridad; todo su exterior cautivaba por lo noble y majestuoso, y las primeras veces que habló en público, su misma juventud debió recomendarle á su auditorio. (14) Sin embargo de esto, señores, su manera oratoria, por decirlo así, tuvo forzosamente que cambiar algo, desde que á los 21 años de su edad atacó á Dolabela, defendido por Q. Hortensio y por L. Aurelio Cotta, y desde que, por entónces, persiguió en justicia á Antonio, acusándole de malversacion de caudales, hasta una época más avanzada en que tomó asiento en el Senado, y fué elevado á la dignidad de cónsul. Pero cuando se recuerda que tenia un alma impetuosa que no estaba reñida con un gran fondo de sagacidad y prudencia; que en los campos de batalla se sentia impaciente miéntras no peleaba, como simple soldado, en las primeras filas de sus legiones; que muchas victorias las debió, sólo, al influjo mágico de su ejemplo, y que se enardecia á la vista del enemigo, no puede ménos de admitirse, como Quintiliano dice, (15) que en los combates judiciales y políticos, el campeon de la palabra conservaria algo, que recordase los sentimientos y cualidades que revelaba en los campos. Si los caractéres de su palabra correspondian á sus prendas intelectuales y morales, necesariamente fué su elocuencia un conjunto, tan extraño como admirable, de elegancia y de ingenio, y de la fuerza que se impone y domina.

Algun autor antiguo, al hacer el elogio de cierto orador de su época, le atribuia *el patético* de César. Algun otro coloca la *vehemencia*, entre los grandes méritos de éste; y no es sólo Ciceron, quien afirma que César aventajaba, á todos sus contemporáneos, en la pureza del lenguaje. Digno es de recordarse, y, sobre todo, de recordarlo á los escritores modernos que desdeñan estas pequeñas perfecciones, que el grande hombre de quien hablo, que tan colosales empresas llevó á término feliz, se ocupaba tambien en determinar cómo debian formarse los plurales, en establecer las más minuciosas reglas de gramática é indagar las excepciones de estas reglas, y todas las particularidades, notables, ó curiosas, de la lengua latina. Su tratado sobre *La Analogía*, que dedicó á Ciceron, es un trabajo de esta naturaleza (16).

Otras varias obras, de diversa índole, escribió en su juventud, y áun despues, cuando ya intervenia en los grandes asuntos públicos de su patria; las cuales le valieron, una justa reputacion, en la república de las letras. Entre estas obras